

4-167-129

65-4
26

18

DEMOCRACIA
Y
HONRADEZ

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

DON CRISTOBAL DOMINGUEZ ESPEJO

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta

BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

MADRID

IMPRENTA DE T. FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1875

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

002

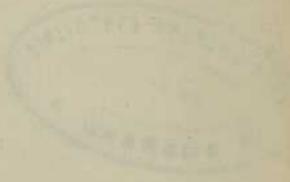
Numero:

058 (18)

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20

DEMOCRACIA
HONRADEZ

DEMOCRACIA Y HONRADEZ



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

002

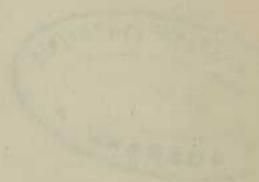
Numero:

058 (18)

DEMOCRACIA

HONRADEZ

DEMOCRACIA Y HONRADEZ



R. 22099

DEMOCRACIA

Y

HONRADEZ

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

DON CRISTOBAL DOMINGUEZ ESPEJO

Donada a la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta
BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

MADRID

IMPRENTA DE T. FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1875



DEMOCRACIA

HONRABLES

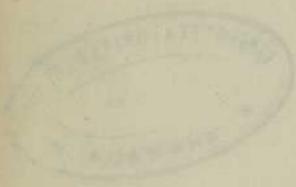
NOTA.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

El autor se reserva el derecho de traslacion.

Compañía de Granda
en Madrid del mto
- poeta
- MATIAS MARTINEZ DURAN



MADRID
IMPRESA DE T. PORTA
1873

A

MIS QUERIDOS HIJOS

No es una obra literaria de aspiraciones la que os dedico en prueba de mi paternal cariño, bajo el título DEMOCRACIA Y HONRADEZ. Recibidla, pues, como un retrato exactísimo de mis ideas representadas en sus principales personajes; utilizad la parte moral que encierra; imitad lo que de noble y digno encontréis en ella, despreciando lo ridículo, y habrá conseguido su único objeto vuestro cariñoso padre.

El Autor.

PERSONAJES.

JOSÉ.....	Talador.....	52 años.
MARÍA MANUELA.	Su mujer.....	52 »
BERNARDA.....	Hija.....	15 »
SERVANDO.....	Médico.....	40 »
PATRICIO.....	Maestro de guitarra.....	35 »
SEVERO.....	Maestro de instruccion.....	45 »
BENITO.....	} Criados.....	25 »
TOMASA.....		

La escena pasa en Antequera en 1873.

PERSONAJES

ACTO PRIMERO

100	Don Juan
101	Don Juan
102	Don Juan
103	Don Juan
104	Don Juan
105	Don Juan
106	Don Juan
107	Don Juan
108	Don Juan
109	Don Juan
110	Don Juan
111	Don Juan
112	Don Juan
113	Don Juan
114	Don Juan
115	Don Juan
116	Don Juan
117	Don Juan
118	Don Juan
119	Don Juan
120	Don Juan
121	Don Juan
122	Don Juan
123	Don Juan
124	Don Juan
125	Don Juan
126	Don Juan
127	Don Juan
128	Don Juan
129	Don Juan
130	Don Juan
131	Don Juan
132	Don Juan
133	Don Juan
134	Don Juan
135	Don Juan
136	Don Juan
137	Don Juan
138	Don Juan
139	Don Juan
140	Don Juan
141	Don Juan
142	Don Juan
143	Don Juan
144	Don Juan
145	Don Juan
146	Don Juan
147	Don Juan
148	Don Juan
149	Don Juan
150	Don Juan
151	Don Juan
152	Don Juan
153	Don Juan
154	Don Juan
155	Don Juan
156	Don Juan
157	Don Juan
158	Don Juan
159	Don Juan
160	Don Juan
161	Don Juan
162	Don Juan
163	Don Juan
164	Don Juan
165	Don Juan
166	Don Juan
167	Don Juan
168	Don Juan
169	Don Juan
170	Don Juan
171	Don Juan
172	Don Juan
173	Don Juan
174	Don Juan
175	Don Juan
176	Don Juan
177	Don Juan
178	Don Juan
179	Don Juan
180	Don Juan
181	Don Juan
182	Don Juan
183	Don Juan
184	Don Juan
185	Don Juan
186	Don Juan
187	Don Juan
188	Don Juan
189	Don Juan
190	Don Juan
191	Don Juan
192	Don Juan
193	Don Juan
194	Don Juan
195	Don Juan
196	Don Juan
197	Don Juan
198	Don Juan
199	Don Juan
200	Don Juan

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta

BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una habitacion humildemente adornada.
Puerta al fondo que dá paso á un corredor con salida á la
calle y otra lateral al interior de la casa.

ESCENA PRIMERA.

JOSÉ Y MANUELA.

Al correrse el telon el primero aparece limpiando con un pa-
ñuelo una hacha, y un momento despues la segunda saliendo.

- MAN. ¡Siempre con los instrumentos!
¿Por qué no los empapela? (Con ironía).
- JOSÉ. ¿No he de cuidarlos, Manuela,
si fueron mis elementos?
¿A quién más que á esta herramienta
y al hocino, le debemos
la fortuna que tenemos
y que por años se aumenta?
Recuerda cuando venia
en busca de mi trabajo,
ni tú gastabas refajo,
ni yo zapatos tenia.
- MAN. ¡Y dale con recordarme...
que nueve y cuatro son trece!
¡Dios me valga! no parece

sino que, en atormentarme
gozas.

José.

No, mujer, no es eso,
ni te debiera extrañar
ver mi constancia en cuidar
las bases de mi progreso.
Además, yo no creía
que pudiera disgustarte,
al tratar de recordarte
antiguos tiempos, María.
Nunca tuve una peseta;
y á fuerza de aplicacion,
hoy cuento con un millon
efectivo en mi gaveta.
Si á mi trabajo es debido
y á haber economizado;
si pobre fué siempre honrado,
y hoy rico lo es tu marido;
contenta estar deberias
y poner como una gala
estos chismes, en la sala
del estrado.

MAN.

¡Qué manias!

José.

Ellos son los pergaminos
de la más alta nobleza;
que no exentos de grandeza
estamos los campesinos.
A mi vista no se esconde
que no es mérito nacer
título, y encanecer
siendo marqués, duque ó conde.
Que no falta un potentado,
que es seguro no lo fuera,
si el caudal que poseyera
lo hubiera de haber ganado.
Y para aquellos usias,
y estos ricos de postizo,
sólo el orgullo se hizo,

se inventaron tonterías.
Giremos en nuestra esfera
siempre, y ántes que orgullosos,
sepamos ser virtuosos.

MAN. ¡Y dále á la pejiquera!

¿Pero qué tiene que ver
la virtud con el hocino?

JOSÉ. Sí tiene.

MAN. No lo adivino.

JOSÉ. Pues tiene y mucho, mujer.

Mas ¿para qué hemos de entrar
en nuevas explicaciones,
si sé tus inclinaciones
y no te has de conformar?

Mucho deseo para tí;
y gusto en todo te diera,
si, como creo, no creyera
que es un daño.

MAN. ¿Daño?

JOSÉ. Si.

Entre humildes artesanos
eres tú la soberana;
lo que no fueras mañana
entre fátuos cortesanos.
Saca el pez de su elemento,
le verás agonizante;
vuélvelo á él, y al instante
partir le verás contento.

MAN. ¡Te mandara de orador
á los bancos del Congreso!

JOSÉ. Mil veces prefiero á eso
mi oficio de talador.

(Manuela coge una silla y se sienta.)

MAN. Venga y siéntese mi Utrera;
más acá, más todavía,
así, junto á su María. (Lo mima.)

JOSÉ. ¡Lance tenemos! (Aparte.)

MAN. Quisiera

- que mi esposo me escuchara
con atencion.
- JOSÉ. Concedido.
- MAN. ¡Qué magnífico marido
si despues no desbarrara! (Aparte.)
¡Qué feliz soy á tu lado!
- JOSÉ. ¿A los treinta años casada?
- MAN. ¿Y el tiempo qué importa?
- JOSÉ. Nada,
muchos al mes se han ahorcado.
Vamos, suelta la exigencia
que tienes á retaguardia
de tu mismo.
- MAN. ¿Estás en guardia?
- JOSÉ. ¡Es muy sábia la experiencia!
- MAN. No es exigencia, es deber,
al cual estoy obligada.
Bernarda está enamorada.
- JOSÉ. ¿Nuestra hija?
- MAN. De Jover,
el viajante de la casa
comercio de don Corbacho;
¡si vieras qué buen muchacho!
- JOSÉ. ¿Qué me cuentas?
- MAN. Lo que pasa.
Es más que listo, es osado.
- JOSÉ. ¡Aguarda! ¿Con que es tan listo?
- MAN. Figúrate, por lo visto
lo sacan de diputado.
Ya ves, es la gran carrera,
y con su mucha osadía...
¡quién sabe! Llegará el dia
que se calce una cartera.
Es un gran novio, ideal,
guapo, buen porte, una alhaja,
Y que tiene la ventaja (Con ironía).
de no tener un real.
Que hoy es lo más conveniente

- para poder aspirar
á un gran puesto, figurar,
y dormir tranquilamente.
- MAN. Ya sabes mi relacion,
y sólo resta, José...
- JOSÉ. Basta ya, basta, ya sé
que esperas mi aprobacion.
- MAN. ¡Vaya que no lo conquisto! (Aparte.)
- JOSÉ. Ni estoy por un yerno osado,
ni me gusta diputado,
ni lo quiero más que listo.
- MAN. Muy pronto lo has decidido. (Se levanta.)
- JOSÉ. Aquí el que no corre, vuela,
y al verte correr, Manuela,
se echó á volar tu marido.
Ya sé por qué mi consorte,
hace tiempo, pretendia
con empeño, y exigia
pasar la vida en la corte.
Y, si bien, de ese belen
alguna cosa sabía,
sin embargo, no creia
fueras tú novia tambien.
- MAN. Es que...
- JOSÉ. No, si no lo extraño,
que gusten á las mujeres
los novios... ¡bah! ¡Que si quieres!
fui sastre y conozco el paño.
En fin, ya, como convenga,
se arreglará.
- MAN. ¡Dios nos valga! (Aparte.)
- JOSÉ. Dile á Bernarda que salga.
- MAN. Pero...
- JOSÉ. A Bernarda que venga. (En tono
fuerte.)—(Váse Manuela.)
¡Qué mal rato nos aguarda!
¡Cómo ha de ser! ¡Es preciso!
al tratar de compromiso

tengo que hablar á Bernarda.
 Un partido hay que escoger,
 y pues vejez me cobija,
 daré un consejo á mi hija,
 aunque sufra mi mujer.

ESCENA II.

JOSÉ Y BERNARDA (en traje corto.)

BERN. Me dejó mamá recado
 que usted me esperaba...

JOSÉ. Sí,
 acerca una silla, y
 ven y siéntate á mi lado. (Se sientan.)
 Estoy contigo quejoso.

BERN. ¿Por qué?

JOSÉ. Confías á tu madre
 lo que ocultas á tu padre:
 á un padre tan cariñoso.

BERN. Me dió fatiga...

JOSÉ. Lo creo,
 y así me lo figuré;
 por eso te perdoné
 con la fé de mi deseo.
 Un padre es un fiel amigo,
 y no se falta al respeto,
 si el más profundo secreto
 se parte con él; conmigo
 debes tener confianza
 y consultar sin temor,
 que un padre todo es amor,
 y con él todo se alcanza.
 Además, voy para viejo,
 y aunque carezco de ciencia,

tengo bastante experiencia
 para dar un buen consejo.
 Tú eres joven todavía,
 y no puedes conocer
 otro amor que el de mujer,
 que es un amor sin poesía.
 Sin embargo, serás madre,
 y entonces conocerás,
 Bernarda, y comprenderás
 todo el cariño de un padre. (Bernarda llora.)
 Mas... ¿qué es eso? ¿qué te aflige?
 No, no, no aspiraba á tanto;
 conten, Bernarda, tu llanto,
 tu padre así te lo exige.

BERN. Déjeme usted derramar
 lágrimas, son de alegría.

JOSÉ. Muy bien, muy bien, hija mia,
 Dios te las sabrá premiar.
 Que para el hijo obediente,
 el Dios justo, el Dios severo,
 á la vez que justiciero,
 es benigno y es clemente.
 Quiero que esas relaciones,
 ántes que el seso te imbuyan
 terminen, que se concluyan,
 sin pedirme explicaciones.
 ¿Me das palabra?

BERN. Os la doy.

JOSÉ. Piensa sólo en disfrutar,
 que no te podrán faltar
 aspirantes desde hoy.
 En busca del bien andamos
 casi desde que nacemos;
 mas tan ciegos, que no vemos
 que ese bien atrás dejamos.
 Hoy disfrutas de los goces
 que este pobre mundo ofrece;
 si así no te lo parece,

es porque los desconoces.
Que inventó fatalidad
colocar sin distinciones,
delante las ilusiones,
detrás la felicidad.

Nunca quise despertar
en tí ciertas ambiciones;
porque el lujo y las reuniones
os suelen perjudicar.

Trabajar con desatino
fué siempre tu educacion;
mas sabrás tu obligacion,
sea cual fuere tu destino.
Vamos, esa frente hermosa
levanta: así; y ¿cómo vamos
de guitarra? ¿adelantamos?

BERN.

Poco.

JOSÉ.

¡Cómo!

BERN.

Poca cosa.

JOSÉ

Pues vete á tu habitacion
y estudia; que cuando venga
don Patricio, que no tenga
que corregir la leccion.

BERN.

Pediré permiso á madre.

JOSÉ.

Es muy bien hecho, hija mia,
y eso es una garantía
que satisface á tu padre.

Ya tranquilo partiré
á mi viaje á Gaeta.

BERN.

Hecha tiene su maleta,
que yo misma prepararé. (Vásc.)

JOSÉ.

¡Qué tipo de sencillez,
de nobleza y de virtud!

¡Si toda la juventud
fuera tal, cual ella es!

Si la sociedad del dia
estuviese así montada,
no fuera tan ilustrada,

pero... más feliz sería.
 También iba yo sintiendo,
 aunque débil me confiese.
 (Óyese ruido de romper platos.)
 ¡Jesús!

ESCENA III.

JOSÉ. — **MANUELA** que sale con brio manifestando incomodidad, y despues **BERNARDA**.

- ¿Qué tropel es ese?
- MAN.** La gata, que iba corriendo tras un raton, y ha quebrado la cazuela y una taza.
- JOSÉ.** ¡Si tembló toda la plaza!
- MAN.** Pues ya ves, nada ha pasado.
 ¿Con que al fin le trastornaste todo el plan á Bernardita?
 Si no fuera tan bendita.
- JOSÉ.** ¿Qué?
- MAN.** Nada; que te empeñaste...
- JOSÉ.** ¿Con que me empeñé? Manuela, haz por no meter la pata, no vaya á pagar... la gata (Con ironía.) las tazas y la cazuela.
- MAN.** Seguro que ha comprendido... (Aparte.)
- JOSÉ.** Tu obligacion desconoces; ya te he dicho que no á voces debe tratarse á un marido. Por el más feliz destino de Bernarda, trabajamos; solamente que llevamos los dos opuesto camino. Levita, y en empleado,

ya sabes que no me peta;
 bajo de humilde chaqueta
 hay más de un muchacho honrado.
 Un artista es siempre amable,
 y si aspira á posicion
 por medio de aplicacion,
 es doblemente apreciable.
 El trabajo es la honradez,
 y ésta, esposa, aunque te asombre,
 ésta es la gloria del hombre
 en su propia desnudez.
 Lo demás son vanidades,
 humo que se lleva el viento,
 figuras sin sentimiento,
 ilusiones, necedades.
 El trabajo es la virtud;
 el ocio, padre del vicio;
 la vanidad, precipicio;
 la política, inquietud.
 Vosotras, que habeis nacido
 para aumento de flaqueza,
 y que os falta en la cabeza,
 generalmente, un sentido,
 por más que no lo notais,
 no es extraño que penseis
 lo contrario, pues no veis
 ni áun aquello que mirais.
 Pero en fin, no es conveniente
 riñamos á última hora;
 pronto la locomotora
 nos separa.

MAN.

Felizmente. (Aparte.)

¿Volverás pronto?

JOSÉ.

No sé

si será tarde ó temprano;
 si pronto cura mi hermano,
 pronto tambien volveré.
 Toma las llaves; van todas:

- ya sabes, economías,
y nada de tonterías
que dan en llamarles modas.
En la mesa no haya tasa:
de Bernarda... nada digo.
- MAN. Descuida; queda conmigo.
- JOSÉ. Pues bien, tu niña y tu casa.
(Bernarda desde la puerta.)
- BERN. Las ocho, papá.
- JOSÉ. Marchemos.
Dí que bajen mi maleta.
(A Bernarda, que se retira.)
- MAN. Iremos á la glorieta,
y allí te despediremos.
- JOSÉ. Ni hay de ello precision,
ni conviene dejar sola
la casa; en ella, Manola,
se encierra tu obligacion.

ESCENA IV.

DICHOS. — BERNARDA, que sale llorando, y BENITO, que
conduce la maleta.

- JOSÉ. Nada de llanto.
- BERN. ¿Hasta cuándo? (Lo abraza.)
- JOSÉ. No sé; ya te avisaré.
- MAN. Que escribas. (Abrazándolo.)
- JOSÉ. Escribiré.
Benito, vamos andando.



ESCENA V.

MANUELA Y BERNARDA, la primera con semblante alegre, la segunda, llorosa, recoge sus lágrimas en un paño que llevará al hombro.

MAN. Aprovecha la ocasion
que se presenta, Manuela;
si aquí el que no corre vuela,
sé tú ahora un avion.
Bernarda, tira ese trapo,
quítate ese delantal,
que no siempre has de estar mal
envuelta en ese guiñapo.
Sube á tu cuarto y te viste
con un buen traje, el mejor,
el del dia del Señor;
que bajas de *Corpus Criste*.

BERN. ¿Para qué esta variacion?

MAN. Celebro al santo del dia; (Váse Bernarda.)
hoy todo en casa varía;
mando yo la situacion.
¡Cuántas más pobres que ella,
labradoras de secano,
gastan modista, piano,
maestro de baile y doncella!
En un tiempo mi marido
me fué casi indispensable;
despues... así, así, pasable;
mas posterior... ¡qué he sufrido!
Tan sólo se ha de gastar
sin llevar peso y medida,
en la mesa, en la comida
no hay miedo, hasta reventar.
Pero nunca una fineza

ni gasto en cosa precisa:
 si se rompe una camisa,
 andando va ya la pieza.
 Y remendando y zurciendo
 vamos la vida pasando;
 mi hija siempre trabajando,
 y yo trazando y sufriendo.
 ¿De qué nos sirve tener
 ese millon en dinero,
 cuando ni un triste sombrero
 se nos permite poner?
 Ni un mal reloj, ni cadena,
 lazo, cinturon, botillo,
 guante, quitasol, cintillo...
 vamos, ni simple melena!
 Esto es atroz, insufrible;
 cuando hasta las tejedoras
 hoy visten como señoras,
 vivir así no es posible.
 He hecho cuanto he podido;
 pero al padre de Bernarda,
 con su gramática parda,
 criólo Dios para marido.

ESCENA VI.

MANUELA. — PATRICIO, que sale haciendo las más pronunciadas cortesías, y despues BENITO.

PATRIC. No á dar leccion de vihuela
 hoy vengo á la Bernardita;
 otro objeto mi visita
 tiene, señora Manuela.
 Dispénseme si á esta hora
 me permito visitarla,
 mejor dicho, molestarla.

MAN. No tal.

PATRIC. Mil gracias, señora.

Hace muy poco he sabido
que Pepito se ha marchado,
y he venido apresurado
á ofrecerme...

MAN. Y bien venido;
es usted muy consecuente.

PATRIC. Señora... no me merezco...

MAN. Mucho; y tanto lo agradezco,
que viene oportunamente.

(Sale Benito con direccion al interior.)

MAN. ¿Se fué el amo?

BENITO. Ya ha marchado.

MAN. ¿Qué coche lleva?

BENITO. Tercera;
no habia cuarta.

MAN. Si lo hubiera,
cuarta lo hubiera tomado.

(Le hace señal y se retira.)

Pues digo que bien venido,
porque quiero aprovechar
el tiempo, y utilizar
la ausencia de mi marido.

PATRIC. Podemos dar un repaso;
¿no le parece?

MAN. Está bien;
sentémonos. Niña, ven.

PATRIC. Cogemos algo al paso.

ESCENA VII.

DICHOS y BERNARDA ridículamente compuesta.

PATRIC. ¡Aguarde, y qué elegantita
se nos ha usted presentado!

- ¡Qué aire tan lindo y marcado
tiene ya de señorita!
- BERN. Si es así, será debido
solamente á su instruccion.
- PATRIC. ¡Aguda contestacion!
- BERN. Por si envuelve otro sentido. (Aparte.)
(Las dos se sientan y en medio Patricio dándose
mucho tono y aprovechando los momentos para
burlarse de ellas.)
- PATRIC. ¿Están ustedes?...
- MAN. Ya estamos.
- PATRIC. ¿Y les parece que demos
la última leccion?
- MAN. Podemos
darle un repaso.
- PATRIC. Pues vamos...
(Patricio se prepara.)
Los acabados en io.
- MAN. Ido.
- PATRIC. Los que finan en ao.
- BERN. A do.
- PATRIC. Ejemplo: ducao.
- MAN. Ducado.
- PATRIC. Otro: marío.
- BERN. Marido.
(Patricio suelta la risa que ántes ha procurado disi-
mular.)
- PATRIC. No hay mayor satisfaccion
para mí, ni mayor gloria,
que observar vuestra memoria,
vuestra gran aplicacion. (Risa.)
Pero ¡qué desenvoltura,
qué acierto, qué exactitud!
Las declaro en aptitud
de enseñar literatura:
tal confianza me inspiran.
(Se dirige á Bernarda.)
¿Sale el sol por?...

BERN. El Nordeste.

PATRIC. ¡Muy bien! ¿Y el eje celeste
sobre el cual los astros giran,
cuál es? (Á Manuela.)

MAN. La estrella del Norte.

PATRIC. ¿Que te á ele tal, concentra?
Vamos, vamos, no se encuentra
educanda de este porte. (Risa.)
Es una felicidad;
gozo lo que no es decible:
¡si me parece imposible
tal progreso!

MAN. ¡Y á mi edad!

PATRIC. Dice muy bien. — ¡Angelito! (Aparte.)
¡Tan en agraz todavía!
¡Si es todo una picardía
trabajarlo tan chiquito! (Risa.)
¡Qué talento, qué talento!
Con ustedes trabajar
dá gusto; bien puedo estar
un poco más de contento.
Usted, doña Bernardita,
veamos si puede acordarse.
¿El hombre para salvarse
cuántas cosas necesita?

BERN. Si es español con dinero,
militar, ú honrado abate,
una.

PATRIC. ¿Y es?

BERN. Liar el petate,
y emigrar al extranjero.

PATRIC. ¡Magnífico! En la doctrina
es usted ya profesora:
sólo le falta, señora,
un poco de... bandolina. (Se levantan.)
Nada importan los caudales,
si no van acompañados
de modales ilustrados;

- son el todo los modales.
 MAN. Es lo que más ambiciono.
 PATRIC. Por supuesto, es natural:
 cuenta con buen capital
 y estar debe al alto tono.
 Ahora viene un figurin
 precioso, particular:
 manera de saludar
 á lo Bismark en Berlín.
 (Patricio figura la entrada, y con exagerada grave-
 dad se acerca á una y otra, las mira sin el más
 leve movimiento de cabeza, y se sienta sin des-
 cubrirse.)
- MAN. ¿Y el saludo?
 PATRIC. Es la mirada.
 MAN. ¡Lo que se va adelantando!
 PATRIC. En todo economizando,
 es la gran moda ilustrada.
 Por cierto que es bien carita
 la suscripcion; me han librado
 un semestre adelantado,
 que no sé...
- MAN. ¿Si necesita?...
 PATRIC. Gracias; no faltan apuros.
 MAN. Pues pida.
 PATRIC Me ruborizo,
 pero... en fin, contemporo;
 puede darme otros cien duros.
- MAN. Dispense, vuelvo al momento. (Váse.)
 PATRIC. Dé Dios oro, plata y cobre (Aparte.)
 al rico, y talento al pobre,
 que el oro busca al talento. (Á Bernarda.)
 Vamos á dar un paseo;
 un poco más inclinada,
 la cabecita elevada,
 despacio y más contoneo.
 Esos bracitos cruzados
 sobre la misma cintura;

esa, esa es la figura.
 ¡Bien por los cuerpos salados! (Aparte.)
 (Sale Manuela. Bernarda deja su posición y se sienta pensativa.)

MAN. Revise.

PATRIC. En una bicoca
 quiere que vaya á ocuparme...

MAN. Es que puedo equivocarme.

PATRIC. Usted nunca se equivoca.

MAN. Hasta mañana á las diez.

PATRIC. No faltaré en esa hora.

MAN. Convenido.

PATRIC. Pues señora... (Saludando.)
 Bernardita... (Idem.) ¡Cayó el pez! (Aparte.)
 (Váse haciendo exageradas contorsiones.)

MAN. ¡Qué hombre de tanto talento!
 Benito.

ESCENA VIII.

MANUELA, BERNARDA Y BENITO.

BENITO. Señora mía.

MAN. Ve á la tienda y dí á García
 se llegue acá en un momento.

(En cada órden que reciba hará la demostracion de retirarse, sin prisa.)

Oye, frente la modista
 vive: déjale recado
 que venga, ¿te has enterado?

BENITO. Estoy.

MAN. Quiero que nos vista.

BENITO. Está bien.

MAN. Escucha, quiero
 que nos alquiles un coche
 de lujo para esta noche.

- BENITO. Veré tambien al cochero.
- MAN. De paso llega al café teatro de los tres salones, y por las veinte funciones nos abonas.
- BENITO. Llegaré.
- MAN. Oye, atiende.
- BENITO. Y dále, Adela, (Aparte.)
¿si me dejará salir?
- MAN. ¿Qué te iba yo á decir?...
(Hace que recuerda.)
¡Si está una ya medio lela!
Nada, que vuelvas ligero.
- BENITO. ¡Gracias á San Agapito!
- MAN. ¡Ah! Ya me acordé. Benito, tráete tambien al platero.
- BENITO. ¿Tiene algo más que mandar?
- MAN. No, nada se ofrece ahora. (Desde la puerta.)
- BENITO. ¿Decia usted algo, señora?
- MAN. Que hagas por aligerar. (Váse Benito.)
Demos un poco de viento al oro, porque encerrado se encuentra perjudicado sin ganar tanto por ciento.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El mismo salon lujosamente adornado. Una mesa con recado de escribir y en ella un timbre.

ESCENA PRIMERA.

BENITO Y TOMASA.

TOMASA. ¿Con que tan tarde vinieron las señoras?

BENITO. A las cuatro.

TOMASA. ¿Tanto tiempo en el teatro?

BENITO. No, pero despues se fueron de baile; el tiempo perdido ahora lo están desquitando; lo que me tiene temblando es la entrada del marido: esa va á ser borrascosa, no sé lo que va á pasar.

TOMASA. Cuéntame.

BENITO. ¿Qué he de contar?

TOMASA. Siéntate aquí.

BENITO. ¡Qué curiosa! (Se sientan.)

TOMASA. Dime.

BENITO. Há dos años se fué nuestro amo.

TOMASA. ¿El señorito?

BENITO. ¡Quiá, no! El amo Joseito
no admite ni el su mercé.
Se marchó á ver un hermano
que muy malito tenia,
diciendo que no volvia
hasta verlo muerto ó sano.
A esa fecha no se via
lujo alguno en esta casa,
y tanto es así, Tomasa,
que ni cocinera habia.
La niña, la señorita,
era la que nos guisaba,
la que barria, fregaba...

TOMASA. ¿Ella?

BENITO. Sí.

TOMASA. ¡Anima bendita!

BENITO. Esa fué la educacion
que quiso darle su padre;
mas la señora, la madre,
que está por la ilustracion,
á fuerza de peticiones
consiguió que un don Patricio,
un tuno, un charran de oficio,
viniera á darle lecciones
de guitarra, aquí á escondías,
con maña jarabeaba,
y á las dos las enseñaba
á hablar y hacer cortesías.
¡Las onzas que ese Nebrija
de la casa se llevaba!
Y el caso es que se burlaba
de la madre y de la hija.
Libre aquella de su esposo,
«Talegos, ¿para qué os quiero,»
dijo, y gastaba el dinero...
¡de qué modo! ¡Escandaloso!
Yo quisiera ver, Tomasa,
junto el dinero que habia,

y saber cómo cabía
tanto duro en esta casa.

TOMASA. ¿Y don Patricio?

BENITO. Lo echaron
poco ménos que á empujones;
no sé qué declaraciones
hubo, que lo despacharon.
Muy honradas, ¡eso sí!
La hija es un angelito;
la madre... no necesito
decirte...

TOMASA. Dimelo á mí,
que no la puedo aguantar;
hay ratos que está furiosa:
¡qué insufrible, qué orgullosa!
No se puede soportar.

BENITO. Despues, ya ves, ha adornado
su casa lujosamente,
y entra y sale aquí más gente
que en casa de un diputado.
Manja dos mil desatinos,
y en tanto la ves llorando,
como de risa ó bailando
entre veinte lechuguinos.
En cambio, en la señorita
jamás se nota mudanza:
ni quiere lujo, ni danza,
ni le agrada la visita.
¡Qué natural! ¡Qué obediente!
¡Qué sencilla! ¡Qué sufrida!
Todo placer de la vida
le es á ella indiferente.
¡Y lo bien que se ha instruido
desde que entró don Severo!
¡Buen maestro! ¡Un caballero,
qué decente y qué cumplido!

ESCENA II.

DICHOS Y MANUELA.

MAN. Muy bien, señores criados; (Se levantan.)

así, tranquilos, serenos,
de tertulia, y nada ménos
que ocupando mis estrados.
¡Dadme paciencia, Dios mio,
para bregar con hozales!
¡Todos, todos son iguales!

BENITO. Oye, calla, y al avío. (Váse.)

MAN. Así tengo el alma frita,
esto es un día y otro día...
¡ni habrás ido todavía
á ver á la señorita!
Avisa que no recibo,
y vete á cuidar mi ropa;
á las cinco que la sopa
esté en la mesa, anda vivo.
(Váse Tomasa y Manuela se sienta.)
¡Bendito Dios! ¡Ay, qué vida!
Si es estar constantemente
disgustada, y ciertamente
que me está bien merecida.
Hace años disfruté
de mucha tranquilidad;
quise más felicidad,
y perdi la que gocé.
Busqué lujo, ostentacion,
y la ostentacion y el lujo
á este terreno me trujo,
castigo de mi ambicion.
Yo á mi esposo le oculté
la conducta que he seguido;

yo he faltado á mi marido
 si á sus mandatos falté.
 ¿Qué razon podré alegar
 el dia de su llegada?
 ¿Qué podré decirle?... Nada;
 sólo sentir y llorar. (Llora.)
 El miedo, el remordimiento,
 me combaten noche y dia;
 ni encontrar puedo alegría
 ni desechar mi tormento.
 ¿Quién podrá aliviarme, quién,
 en ese trance fatal?
 ¡Ay! que hasta sentir el mal
 no conocemos el bien.
 Me esfuerzo para buscar
 á mi pena distraccion,
 mas... en vano, al corazon
 no se le puede engañar.

ESCENA III.

MANUELA.— BERNARDA en traje humilde, pero elegante,
 y despues BENITO.

MAN. ¿Tan pronto te has levantado?

BERN. ¡Si es la una de la tarde!

Buenos dias. (Besándola.)

MAN. Dios te guarde.

BERN. Estás triste, ¡tú has llorado!

MAN. Me siento así... un mal estar...

no sé qué tengo interior,

que es tanto más superior

cuanto hago por desechar.

Mas... nada, no te disgustes.

(Bernarda toca el timbre y sale Benito.)

- BENITO. ¿Señorita?
 BERN. A don Servando
 que venga al punto, volando. (Váse Benito.)
 MAN. Pero, hija mía, no te asustes.
 Tal vez esta madrugada
 podrá ser...
 BERN. Sea lo que sea,
 con que el médico te vea
 tampoco se pierde nada.
 Llega, te pulsa, se entera
 y te receta á su modo;
 ya ves qué sencillo es todo.
 MAN. ¿Sencillo? ¡Ojalá lo fuera! (Sale Benito.)
 BENITO. ¡Qué feliz casualidad!
 Al salir iba pasando
 por la puerta don Servando.
 BERN. Déjanos. (Váse Benito.) (Manuela toma asiento.)

ESCENA IV.

MANUELA, BERNARDA Y SERVANDO.

- SERV. ¿Qué novedad?
 BERN. Mamá que está algo achacosa.
 SERV. ¿Y por qué así levantada?
 MAN. Calculo no será nada.
 (Servando toma asiento junto á Manuela.)
 SERV. ¿Qué siente usted?
 MAN. Una cosa
 interior... una tristeza...
 SERV. Venga el pulso: la otra mano;
 es cuestion de cirujano,
 hay que cortar la cabeza.
 MAN. ¡Dios le conserve ese humor!
 SERV. ¿Qué ha tomado esta mañana?

- MAN. Un chocolate y sin gana.
 SERV. ¿Siente usted algun dolor?...
 MAN. Nada. (Vuelve á pulsarla.)
 SERV. Prepare papel.
 (A Bernarda que lo prepara.)
 No hay miedo: son sabañones,
 que han salido en los riñones
 en vez de atacar la piel.
 Fácil se deja explicar
 esa interna desazon:
 claro es, si la picazon
 no se la puede rascar. (Le receta.)
 Ya dejo á usted recetado,
 tome de dos en dos horas
 su cucharada. Señoras... (Saluda.)
 BERN. ¿Dice usted?...
 SERV. Que no hay cuidado. (Váse.)

ESCENA V.

MANUELA, BERNARDA y despues BENITO.

- MAN. ¡Sabañones! ¡Cucharada!
 ¿Qué ha recetado?
 BERN. Antiestérico.
 (Entrega la receta á su madre que la rompe.)
 MAN. Pues que se lo tome el médico.
 BERN. ¿Qué estás haciendo?
 MAN. No es nada.
 BERN. Pero mamá...
 MAN. ¿Qué, hija mia?
 BERN. La receta...
 MAN. La he rasgado,
 eso que me ha recetado,
 de nada me serviría.

Heridas del corazon,
 sufrimientos de conciencia,
 no los cura, nó, la ciencia,
 su médico es la razon.
 Yo sufro un tormento grande,
 sin ver de evitarlo el medio,
 que para mí no hay remedio
 como Dios no me lo mande.
 Tormento que he procurado
 disimular, ocultarte,
 porque no tomaras parte
 en mi humor desesperado.

BERN. No comprendo qué te aflija,
 ni esa desesperacion.

MAN. ¡Ay, Dios! ¡que declaracion
 para una madre á una hija!
 (Benito se presenta entre bastidores sin ser visto.)
 Hace dos años y un dia...

los recuerdo hora por hora,
 que el vano afan de señora
 mis sentidos absorbía.

Dile riendas á mi orgullo,
 y mandatos despreciando
 de tu padre, fui gastando
 un capital que era tuyo.
 Que en mi loca vanidad,
 hasta de tí me olvidé,
 tu dicha sacrificué,
 robé tu felicidad. (Llora.)

BERN. Pero...

MAN. Orgullo que maldigo
 con todo mi corazon,
 que rechaza mi razon,
 que es hoy mi mayor castigo.

BERN. ¡Por Dios, mamá! no te aflija
 tal idea de ese modo;
 aún no lo ha perdido todo,
 quien tiene al lado su hija.

Yo venderé hasta el vestido,
 oros, adornos, estrado,
 todo lo que me has comprado,
 que de nada me ha servido.
 Yo á papá procuraré
 conformarlo á su llegada;
 yo iré á servir de criada,
 y mi sueldo te daré.
 Y si mi fuerza no alcanza
 á mayor necesidad,
 pediré al Dios de bondad,
 en quien cifro mi esperanza.
 Yo le rogaré por tí
 por más que inútil me crea.

MAN. Bendita, bendita sea. (Se levanta y la abraza.)

BENITO. Mil veces bendita, sí.

MAN. ¡Qué virtud! ¡Qué abnegacion!

BERN. Ni es virtud ni sacrificio;
 si en ello te hago un servicio,
 ¿qué importa mi posicion?
 El hombre, en distinta forma,
 es cual gusano de seda,
 que en su capullo se enreda,
 y en paloma se transforma.
 Tejiendo va con gran calma
 hasta el fin de su partida,
 que es el capullo su vida,
 y la paloma, su alma.
 Y ese espíritu que alado
 á eterna region se eleva,
 ni lleva honores, ni lleva
 una alhaja, ni un ducado.
 Paloma, espíritu, vida
 que parte de nuestra muerte,
 tanto más robusta y fuerte,
 cual fué humilde y abatida.
 Consuélete esta verdad
 que en hacerte ver me empeño;

nuestro presente es un sueño,
la vida, la eternidad. (Sale Benito con una carta)

BENITO. Señorita, la portera
me dió esta carta. (Váse.)

MAN. ¡Ay, Dios mio! (Bernarda lee el sobre.)

BERN. «Doña Manuela Pulio,
» Andalucía, Antequera.»
Es de papá, ¡que alegría!
¿si avisará su llegada? (La dá á su madre.)

MAN. Leela.

BERN. ¿Y si es reservada?

MAN. No lo es para tí, hija mía.
(Bernarda la abre y lee.)

BERN. «Si no ocurre novedad,
» saldré positivamente
» mañana.

MAN. ¿Fecha?

BERN. Del veinte. (Sigue leyendo.)

» mi hermano en la eternidad. (Recitado.)

¡Despues de lo que ha sufrido!

¡Vaya por Dios!

MAN. ¿Con qué ha muerto?

BERN. ¡Ya ve usted si será cierto!
¡que lo habrá papá sentido!
(Sigue leyendo.)

» A pesar de todo y eso

» quedo bien; dile á mi hija,

» que se cuide y no se aflija,

» que pronto le daré un beso.

» Mi llegada no la sé,

» porque dicen que las vías,

» se cortan todos los dias

» por los carlistas. — José. (Manuela llora.)

¿Otra vez vás á empezar?

¡Por Dios, no me hagas sufrir!
Acuéstate.

MAN. ¡Yo dormir!

BERN. Al ménos á descansar.

Y si cedes tu derecho
 en mí, haré innovaciones.
 MAN. Puedes dar disposiciones;
 hecho quedará lo hecho.
 (Bernarda dá el brazo á su madre y se retiran.)

ESCENA VI.

BENITO y despues TOMASA.

BENITO. Está visto, soy un holo
 que no sirvo para nada,
 tengo el alma enamorada,
 quiero hablar y... me atortolo,
 me confundo, me hago un lio;
 mal haya mi cobardía
 así nunca llega el dia
 que declare el amor mio.
 A echarla voy de tronera;
 hoy mismo salgo del paso,
 y si me quiere me caso;
 salga el sol por Antequera.
 De tí depende mi suerte,
 Bernarda, de tu sentencia,
 pendiente está mi existencia,
 que es tu fallo vida ó muerte.
 (Sale Tomasa que se detiene oyéndolo.)
 Es verdad que más de un dia
 tomé esta resolucion,
 y, teniendo proporcion,
 no dije esta boca es mia.
 ¡Cuántos sin tener amor
 tienen valor de fingir,
 y yo que lo sé sentir
 no tengo nunca valor!

Ya se vé, si yo supiera...

¡Qué diantre! fuera de miedo,
así como así, no puedo
vivir más de esta manera.

Pero... ¿Y si en vez de admitir
me despiden de la casa?

¡Es atroz lo que me pasa!

ni sé ya qué discurrir. (Quédase pensativo.)

TOMASA. ¿No lo dije yo, que estaba
de mi garbo enamorado?

pero... ¡qué disimulado
el pícaro se mostraba!

Yo le inspiraré valor,
con maña le sortearé,
y, aunque cobarde, le haré
que me declare su amor.

Benito? (Avanzando.)

BENITO. ¿Quién es?

TOMASA. Tomasa,
qué, ¿se está filosofando?

BENITO. Aquí estaba recordando
lo que traje para casa.

TOMASA. Recuerdas lo que trajiste
para casa, ya lo veo;
eres turco y no te creo;
te encuentro así... un poco triste.
Tú tienes algun vacío
que te causa esa congoja.

BENITO. Quizá.

TOMASA. Y el que no se arroja,
mal puede pasar el río.

BENITO. Mucha verdad.

TOMASA. Al parecer...

me voy al bulto derecha, (Aparte.)
tienes clavada una flecha
en mal sitio.

BENITO. Dé que hacer.

TOMASA. ¡Ni por esas! no se arranca, (Aparte.)

¡vaya un torito marrajo!
afinemos el trabajo,
y dime, Benito, ¿es blanca?

BENITO. Blanca.

TOMASA. Joven, hacendosa?...

BENITO. Cabal.

TOMASA. ¿De tu misma idea?...

BENITO. Justo.

TOMASA. ¿Guapita...

BENITO. No es fea.

TOMASA. ¡Si fuera yo esa dichosa!

ESCENA VII.

DICHOS Y BERNARDA.

BERN. He despedido de casa
al lacayo y al cochero,
la cocinera, el portero,
y... te buscaba, Tomasa.
Mucho siento retirar
de mi lado tus servicios;
mas hay que hacer sacrificios,
y los gastos cercenar.
Toma, puedes retirarte.
(Le dá algunas monedas.)

TOMASA. Está muy bien, señorita,
si algun dia necesita...

BERN. Ya procuraré avisarte.

TOMASA. ¡Cosa más inoportuna!
¡Vaya por Dios! ¡me he lucido!
En un instante he perdido
casa y novio, mi fortuna. (Váse.)

ESCENA VIII.

BERNARDA Y BENITO.

BERN. Benito, solo has quedado
con tus antiguos deberes.

BENITO. Señorita...

BERN. Sé que eres
cariñoso, fiel y honrado.

BENITO. Debiera estar satisfecho
con esas tres condiciones,
mas... siento otras ambiciones
que se ahogan en mi pecho.

BERN. No comprendo ciertamente
esa ambición.

BENITO. Ni es posible,
y sin embargo, es terrible.

BERN. Tienes un sueldo decente.

BENITO. Que aumentar no procuré
ni siquiera un solo año.

BERN. Razon porque mas extraño...

BENITO. En sueldo nunca pensé.
Ni el interés es mi fuerte,
ni la ocasión oportuna;
algo más que en mi fortuna,
pienso en usted y en su suerte.

(Los despedidos se dejan ver retirarse con sus bultos, por la puerta del fondo.)

Hoy, sin embargo, quisiera
con grandes sumas contar,
tan sólo para evitar
el trance que les espera,
No es mi pobre condición
lo que mejorar deseo.

BERN. Gracias, Benito, te creo;

noble, digna es tu ambicion.
 Mas no entremos en terreno
 que á todos nos es vedado;
 lo que mi madre ha gastado
 es suyo, que no es ajeno.
 La joya mas apreciada
 de nuestra vida, es la fé;
 si áun la conservamos, ¿qué
 venimos á perder? Nada.

BENITO. ¡Su conformidad me encanta!

BERN. Trás de la conformidad
 está la felicidad;
 nada me apura ni espanta.
 A este mundo no venimos
 á disfrutar nada bueno;
 todo bien nos es ajeno,
 el mal todos lo sentimos.
 Y entre un sin cesar apuro
 y un goce de vez en cuando,
 vamos la vida pasando (Se oye la campanilla de
 la puerta de la calle.)
 sin pensar en el futuro.
 El futuro, que es la vida
 eterna del mal y el bien,
 y cuya verdad tambien,
 por desgracia, el hombre olvida.
 (Vuelve á oirse la campanilla.)
 ¡Qué campana más pesada!
 Vé si es visita.

BENITO. Es posible.

BERN. Pues... no está mamá visible.

BENITO. ¡Me voy sin decirle nada! (Váse.)

BERN. ¡Si conseguir yo pudiera
 tranquilizar á mi madre!

(Voz dentro.) Hija, Bernarda.

BERN. ¡Mi padre!

¡Dios eterno!

ESCENA IX.

BERNARDA Y JOSÉ.

- JOSÉ. ¡Hija hechicera!
 (José con los brazos abiertos se dirige á su hija, y ésta al padre en el mismo ademan; de repente ella se cruza de brazos y se inclina de rodillas ante aquél.)
- JOSÉ. ¡Qué estoy viendo! ¡Cómo así!
 ¡Qué es lo que sucede en casa!
 ¡Ese silencio!... ¿qué pasa?
 Responde, ¿qué ocurre? Dí.
- BERN. Que indigna me considero
 de su amor y su alegría.
- JOSÉ. ¡Indigna siendo hija mía!
 ni lo creo, ni lo espero.
- BERN. Tendióme el diablo sus lazos...
- JOSÉ. ¿Con que es decir que un traidor...
- BERN. ¡Nunca! Conservo mi honor.
 (Se levanta con valentía.)
- JOSÉ. Entónces... ven á mis brazos.
 (Interin la abraza lleno de gozo, pasa Benito con la maleta).
 ¡Oh! respira corazón;
 sea cual fuere tu pecado,
 mi perdon anticipado
 recibe, y mi bendicion.
 ¿Qué delito has cometido?
- BERN. ¡Ay! soy muy criminal;
 una pasion infernal
 me descompuso el sentido.
- JOSÉ. Habla, dime, no comprendo...
- BERN. Quise lucir, quise galas,
 y para extender mis alas

á madre fui seduciendo.
 Sacrificios le pedia
 que obstinada me negaba;
 más yo tanto le lloraba,
 que al fin me los concedía.
 De esta manera abusando,
 pasó un mes y un año entero,
 gastando á usted su dinero,
 y á mamá sacrificando.
 Mi condicion de mujer
 y mi falta de experiencia,
 de imprudencia en imprudencia
 me llevaban á placer.
 Y entre pedir y negar,
 y llorar y conceder,
 vióse mi ambicion crecer
 y mis caprichos saciar.
 Mamá se desesperaba,
 yo no por eso cedia;
 su temor la contenia,
 pero su amor la obligaba.
 Nuestra posicion llegó
 á un estado deplorable;
 una sola es la culpable,
 y esa culpable soy yo.
 Tarde el daño conocí,
 castigadlo como os cuadre;
 pero... salvad á mi madre, (Afectada.)
 castigadme sólo á mí.
 No sed con ella severo,
 que el cariño maternal
 no debe ser criminal
 por ser grande y verdadero.
 Su silencio, su semblante
 revelan su sentimiento,
 que acrecenta mi tormento.
 JOSÉ. Déjame solo un instante.

ESCENA X.

JOSÉ solo.

O me falta la razon,
 ó soy un hombre perdido.
 ¡Cielos! ¡Oh! valor te pido,
 no vaciles, corazon.
 Valor, sí, valor, prudencia.
 ¡A un estado deplorable!
 ¡Y Bernarda la culpable
 siendo la misma inocencia!...
 ¡No puede ser! ¡imposible!
 Pero ¿ante mí no se inclina
 y ella misma se acrimina
 de una manera terrible?
 ¿Qué creer? ¡Qué confusion!
 «¡Tendióme el diablo su lazo!»
 Esto es luchar brazo á brazo
 la razon con la razon.

(Dá algunos pasos descompuestos, y con desentona-
 da voz llama á Manuela)

Manuela.

ESCENA XI.

JOSÉ Y MANUELA.

MAN.

La delincuente
 ante tí está de rodillas.

JOSÉ.

¿Luego tú tambien te humillas
 y ante mí doblas la frente?

- MAN. De todo soy responsable
por ser de todo la autora;
vengarte puedes ahora
de la exclusiva culpable.
Si ser quieres generoso,
clava un puñal en mi pecho,
y un gran favor me habrás hecho;
vivir me es más horroroso.
- JOSÉ. ¡Culpable exclusivamente! (Aparte.)
Bernarda lo era también:
¿á quién castigar, á quién?
¿Quién es culpable? ¿quién miente?
alza.
- MAN. ¡Por Dios !..
- JOSÉ. Levantad.
retiraos de mí, al momento.
- MAN. ¡Entregarme á mi tormento!
No ya tanta facultad.
- JOSÉ. Que os vayais de aquí repito.
- MAN. Cruel por demás os mostrais,
vivir no quiero.
- JOSÉ. ¿No os vais?
(Manuela obedece y se retira.)
¡Dios mio! ¿qué es esto? Benito.

ESCENA XII.

JOSÉ Y BENITO.

- BENITO. ¿Me llamaba usted?
- JOSÉ. Sí, ven.
Tú sabes que has merecido
mi confianza, que has sido...
- BENITO. Sí señor, lo sé.
- JOSÉ. Pues bien,

respóndeme con franqueza,
no me ocultes la verdad;
de una leve falsedad
me responde tu cabeza.
Dime: ¿quién ha malgastado
el capital que dejé?

BENITO. ¡Dios mio! ¿qué le diré? (Aparte.)

JOSÉ. ¿No respondes? ¿Te has turbado?

BENITO. ¡El alma se me desgarral (Aparte.)

JOSÉ. Pronto dilo ó te desquicio.

BENITO. Pues fué...

JOSÉ. ¿Quién fué?

BENITO. Don Patricio,

El maestro de guitarra.
Ese tuno, que á su modo
engañó á doña Manuela:
de ahí salió la carretela,
modas, lujo, bailes, todo.

JOSÉ. Dime, ¿y las acompañaba?

BENITO. No señor, pero venia
sin faltar un solo día,
como ántes, les hablaba
del gran tono, de finura,
de maneras, de modales,
le pillaba los reales,
y... ya sabe usted la pura.
Eso sí, lo conocieron,
y lo echaron á empujones
una mañana.

JOSÉ. ¡Bribones!

¡cómo al final me perdieron!

Y... dime, ¿y la señorita?

BENITO. La misma, tan obediente,
tan humilde, tan prudente,
la misma; un alma bendita.
Ni ella está por diversion,
ni por lujo, ni por nada;
como una monja, encerrada

siempre, puesta en oracion.
 Lo que su madre mandaba,
 ella al punto obedecia;
 si que subiera, subia;
 si que bajara, bajaba.
 Es una santa, un portento
 de virtud que Dios le guarda...

José. Pronto, dile á mi Bernarda
 que venga, corre, al momento. (Váse Benito.)
 El corazon me decia
 que era imposible, imposible.
 ¡Oh! ¡sacrificio terrible!

ESCENA XIII.

JOSÉ Y BERNARDA.

BERN. ¿Me llama usted?
 JOSÉ. ¡Hija mia!
 ya ves con cuánta razon
 mi perdon te anticipé,
 en mis brazos te estreché,
 y te dí mi bendicion.
 ¿Por qué á tu padre engañaste
 con ese cuento inventado?
 ¿sin incurrir en pecado,
 por qué así lo confesaste?

BERN. Pues bien, papá, perdon pido
 para todos; si acreedora
 me juzgais, queredme ahora
 cual siempre me habeis querido.
 Mi mamá, por obsequiarme,
 gastó cuanto en casa habia,
 y por eso yo queria
 por ella sacrificarme.

Su amor, tan sólo su amor,
la causa del mal ha sido;
si todo lo hemos perdido,
¿por qué conservar rencor?

Evitad que más me aflija. (Afectada.)

(José despues de un momento de lucha entre sí.)

JOSÉ. Perdonada está tu madre.

BERN. ¡Oh! ¡Dios bendiga á mi padre!

(Váse precipitada.)

JOSÉ. ¡Oh! ¡Dios bendiga á mi hija!

Ella es el mayor tesoro
que darme pudiera el cielo;
que no se compra el consuelo
que ella me presta, con oro.

ESCENA XIV.

JOSÉ, BERNARDA y MANUELA, que precipitada y llorosa llega á su esposo y lo abraza; éste la recibe friamente, repitiéndole con intencion los siguientes versos.)

JOSÉ. «Toma las llaves; van todas:

»ya sabes, economía.»

¿Recuerdas esto, María?

Ya ves el fin de las modas.

MAN. Sus consecuencias toqué;

¡bien mi delito he purgado!

BERN. Pues lo pasado, pasado.

JOSÉ. Me basta un Señor, *pequé.*

Y aunque viejo, todavía

fuerzas para trabajar

áun tengo, y para ganar

vuestro pan de cada día.

Mas si el hombre está obligado

su familia á mantener,

deber tiene la mujer
de conservar lo ganado.
No olvides esta sentencia,
y si un capital perdiste,
aprovecha el que adquiriste,
que un caudal es la experiencia.
Si alguna felicidad
el mundo ofrece, es escasa,
y esa se disfruta en casa,
si hay paz y tranquilidad.
Hoy no cuentas con bastante
recurso; sé más prudente;
gasta conforme al presente,
mirando siempre adelante.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Don Juan y Doña Inés

Don Juan: ¿Qué es esto, Inés? ¿Qué es esto?
 Doña Inés: ¡Un hombre que me quiere!
 Don Juan: ¿Un hombre que me quiere?
 Doña Inés: ¡Un hombre que me quiere!
 Don Juan: ¿Un hombre que me quiere?
 Doña Inés: ¡Un hombre que me quiere!
 Don Juan: ¿Un hombre que me quiere?
 Doña Inés: ¡Un hombre que me quiere!
 Don Juan: ¿Un hombre que me quiere?
 Doña Inés: ¡Un hombre que me quiere!

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el primer acto. Una mesa, y en ella una campanilla.

ESCENA PRIMERA.

JOSÉ solo, sentado.

JOSÉ. ¡Pobre hermano, y qué sufrió!
¡Cuánto de verlo pasé!
¡Con qué valor y qué fé
á la muerte resistió!
Mas... en vano; sucumbió.
« José, me dijo, yo muero;
» uno solo es mi heredero
» cuando deje de existir;
» mi testamento haz cumplir:
» búscalo en aquel ropero. »

—
¡Ventura! ¡Felicidad!
¿Dónde morais, que no os veo?
¡Ay! tan sólo en el deseo
de la triste humanidad.
Muy cerca á la realidad
de esa ventura llegamos,
si al sueño nos entregamos;

mas despertamos, y vemos
soñamos lo que queremos,
y que ilusiones soñamos.

—
Nace el hombre, y al nacer
precisamente llorando,
con su llanto está probando
nace para padecer.
Vémosle despues crecer,
y crecer á proporcion
su natural ambicion,
que nunca saciar le es dado;
y es, que consigo el pecado
lleva, de la tradicion.

—
¿Y es esta la preferencia
que Dios le dió á la criatura
cuando le formó á su hechura
y tomó su misma esencia?
¿Tan escasa fué su ciencia,
que á este sér no pudo dar
ménos sufrir, más gozar,
siendo así que de su diestra
fué la obra más maestra
que el mundo pudo admirar?

—
¡Ah! sí; dióle la memoria,
voluntad y entendimiento,
libertad de pensamiento
para formarse su historia:
dióle más, le dió su gloria,
igualando al andrajoso
con el rey más poderoso;
que en su amor santo y profundo,
dar quiso al hombre otro mundo
eternamente dichoso.

—
¿Y en pos de felicidad

el hombre invierte su vida,
 despreciando la adquirida
 por toda una eternidad?
 Si tiene seguridad
 que todo fina al morir,
 ¿por qué la muerte sentir?
 Parece extraño, y no es raro;
 su conciencia... teme... es claro,
 y.....
 ¡si pudiera dormir! (Quédase dormido.)

ESCENA II.

JOSÉ, BERNARDA y despues BENITO.

BERN. ¡Qué solo y cuán afligido
 siempre está! Si lo pudiera
 distraer... Mas no hay manera.
 ¡Papá! (Avanzando.) ¡Calle! ¡se ha dormido!
 (Con cuidado coge una silla y se sienta junto á él.)
 Custodiamos su reposo,
 que amor, descanso y consuelo
 necesita; suele el cielo
 dar más cruz al virtuoso.
 ¡Cuánta fatal circunstancia
 se han ido dando la mano!
 La pérdida del hermano,
 su edad, viaje, distancia,
 y para fin de partida,
 cuando el término creyó
 de sus fatigas, se vió
 con su fortuna perdida.
 ¡Qué virtud se necesita
 para su resignacion!
 ¡Cuán bello es su corazon!
 ¡Qué alma tiene tan bendita!

- JOSÉ. Que no sepa... (Soñando.)
- BERN. ¡Está soñando!
- JOSÉ. ¡Con qué humildad, pobrecilla!
- BERN. Es siempre su pesadilla.
- JOSÉ. Pudiendo estar disfrutando...
- BERN. Que es imágen de la muerte
el sueño; y ¡por qué razon
vela la imaginacion
cuando se está de esta suerte?
¡Cómo se eclipsó su estrella!
(A un estornudo de Bernarda despierta.)
- JOSÉ. ¿Quién en mi sueño me guarda?
- BERN. Soy yo, papá.
- JOSÉ. Mi Bernarda;
¿quién ha de ser sino ella?
¿Acaso pude soñar?...
- BERN. Tal cual palabra cortada.
- JOSÉ. ¡Cielos! (Aparte.)
¿Y entendiste?...
- BERN. Nada.
- JOSÉ. ¡Qué mal es dormir y hablar!
(Sale Benito por la puerta que conduce á la calle.)
- BENITO. ¡Señorita!
- BERN. ¿Qué hay, Benito?
- BENITO. Que no dá el señor Tomás
por aquel adorno, más
que cien duros.
- BERN. Más bajito. (Señalando á José.)
- BENITO. Dice que no paga hechura,
que sólo se abona el peso.
- BERN. Eso es lo corriente, eso;
no tiene otra soldadura.
Pues bien, tomas el dinero
y lo entregas á mi madre
como dado por mi padre.
- BENITO. ¡Qué conciencia de platero!
(Váse por la misma puerta.)
- JOSÉ. ¿Y tu mamá?

- BERN. En su guarida;
que al verla siempre rezando
y á usted triste y suspirando,
estar debo divertida.
- JOSÉ. Tiene razon. (Aparte.) Tú exageras.
- BERN. Podrá ser.
- JOSÉ. Ya lo estás viendo,
¡si no es esto estar riendo!... (Rie.)
- BERN. ¡Ojalá fuera de veras!
- JOSÉ. No sé hacerlo de otro modo.
- BERN. Pero ¿no sabrá fingir?
- JOSÉ. ¿Tambien se finge al reir?
- BERN. Hoy todo es fingido, todo.
- JOSÉ. ¿Con que todo, todo? Luego
no es verdadero, es fingido
tu cariño.
- BERN. Me ha cogido. (Aparte.)
Es lo único que niego.
- JOSÉ. ¿Tú no sabes, hija mia,
que hasta el fingir es amar?
- BERN. Pues me dejaré engañar,
con tal de que usted se ria.
- JOSÉ. En fin, no te negaré
que sufrí, sí, muy mal rato;
mas con el tiempo y tu trato
mi calma recuperaré.
- BERN. Pruebas.
- JOSÉ. ¿Las quieres ahora?
- BERN. Yo misma.
- JOSÉ. Te las daré.
- BERN. ¿Y cómo?
- JOSÉ. Te contaré
cierta historia que se ignora.
Historia que no podria
referirte sin llorar;
hace un mes: ¿será probar?...
BERN. Tal vez me lo proba ia.
JOSÉ. Reduciendo el papel mio,

que haria la historia pesada,
quiero darte bosquejada
la figura de tu tio.
Tuve ese hermano, que sólo
nació para dar tormento;
con más fama de talento
que yo la obtuve de bolo.
Al campo me dedicó
mi padre desde muy chico,
mientras un pariente rico
á él al estudio aplicó.
Y al paso que me cansaba
de trabajar con mis padres,
él visitando comadres
años enteros pasaba.
Esa vida lo aburrió;
y una mañana temprano,
estrechándome la mano,
«adios,» me dijo, y partió.
¿Dónde vas? le pregunté.
«Voy en busca de mi suerte:
»si no me ocurre la muerte,
»por la tuya velaré.»
Dijome aquellas razones
con tanta serenidad,
que me quedé... la verdad,
como aquel que ve visiones.
Treinta y dos años pasaron
sin saber de su existencia,
y quizá en su consecuencia
mis pobres padres faltaron.
Una tarde de verano,
aún vivia en Palenciana,
tuve carta de la Habana,
y ví que era de mi hermano.
Figúrate la impresion
tan fuerte que recibí;
mas luego que la lei

perdí toda la ilusion.
 Juntó, sí, mucho dinero,
 mas ¿qué importa si se gana
 comerciando?...

BERN. ¿En carne humana?

JOSÉ. Mandaba un buque negrero.

BERN. ¡Qué lástima de talento!

JOSÉ. En su carta me incluía
 una letra, y me decía:
 «Cóbrala y vente al momento.»

BERN. Y qué...

JOSÉ. Contesté á mi hermano:

dije á su solicitud,
 que odiaba la esclavitud
 por ser comercio inhumano.
 Que de mí no se acordara,
 que aunque pobre jornalero,
 no ambicionaba el dinero
 que á tal costo se ganara.
 Mi respuesta lo enojó,
 y ya dejó de escribir,
 hasta que creyó morir
 que fué cuando me llamó.
 Allí supe con certeza
 toda su vida azarosa,
 que la Inglaterra afanosa
 dió un millon por su cabeza.
 Que puso en persecucion
 cuatro vapores de guerra,
 y que temiendo á Inglaterra
 dejó la navegacion.

BERN. ¡Qué triste la historia es!

JOSÉ. Probar con ella he querido
 que no estoy tan afligido
 cual creiste, ya lo ves.

BERN. No estoy disgustada, espero...

(Se oye una campanilla.)

me llama, vuelvo al instante. (Váse.)

ESCENA III.

JOSÉ Y SEVERO.

SEVERO. ¿Dá usted permiso?

JOSÉ. ¡Adelante,
mi querido don Severo
y amigo particular!

SEVERO. ¿Y mi excelente educanda?
(Mirando con interés á todas partes.)

JOSÉ. Está bien, ahí dentro anda.

SEVERO. ¿La señora?...

JOSÉ. Regular.

SEVERO. Celebro haberle encontrado
en sazón para mi objeto;
toda vez que es un secreto,
un asunto reservado. (Con misterio.)
Hace un mes que mi criada
me entregó este paquetito,
que su sirviente Benito,
le dió con carta cerrada.
Contiene una gran sortija
de brillantes, esmaltada;
la carta es ésta, firmada
está á nombre de su hija. (Se las entrega.)
Hoy, haciendo sacabuches,
entre confuso y turbado,
el referido me ha dado
estos dos lindos estuches,
diciéndome: «Usted los guarda,
» si saber más necesita,
» esto es de mi señorita.»

JOSÉ. ¿De mi hija?

SEVERO. De Bernarda.

«Es secreto que le pido»

» no lo revele jamás;
 » le impondrá de lo demás
 » la carta que ha recibido.»

(Entrega los estuches, que con lo demás se colocarán sobre la mesa.)

El asunto, la manera,
 mi responsabilidad;
 estoy... sin tranquilidad,
 pues creo lo que no quisiera.
 Mi sospecha es muy remota,
 mas en parte se confirma
 al ver que ni esta es su firma,
 ni su letra, ni su nota.
 Como usted comprenderá,
 no es cosa de anda, vé y dile,
 y vengo á que lo ventile.

JOSÉ. Y que se ventilará.

SEVERO. Con permiso, me retiro,
 ántes que Bernarda pueda...

JOSÉ. Está bien.

SEVERO. Pues eso ahí queda.

JOSÉ. Le doy las gracias.

SEVERO. Respiro. (Saluda y váse.)

JOSÉ. ¡Qué cosa más singular!

De Bernarda en don Severo,
 por Benito; saber quiero...
 y el caso tiene que hilar.

Vamos á ver de qué modo
 dirigimos este asunto,
 y si tocar puedo el punto
 que me lo declare todo.

Lo primero que hay que hacer
 es ir los bultos guardando;

(Los coloca en un pañuelo.)

¿podrán estarme robando?

Benito... ¡no puede ser!

(Váse con las cajas y vuelve.)

No ha vuelto: tanto mejor;

justamente así conviene;
 si ve algo, se previene,
 y ¡adios planes! Pues señor,
 ya están en mi papelera
 donde nada han de buscar.

ESCENA IV.

JOSÉ, BERNARDA Y MANUELA, que con un gran rosario en la mano, vestida de hábito y apoyada en el brazo de su hija, sale sin dejar de rezar y pasar cuentas todo el tiempo que no hable.

BERN. Al fin conseguí sacar
 á mamá de su huronera.

MAN. Y ya estoy arrepentida.

BERN. ¿Por qué?

MAN. Me entristece ver...

(Mirando á todas partes.)

JOSÉ. Pues nada de entristecer,
 aquí está más distraída.

BERN. Sin duda, y que mutuamente
 nos iremos animando.

JOSÉ. En eso estaba pensando,
 en eso precisamente.
 Ahora mismo me acordé
 de una manda que os legó
 mi hermano, y se me olvidó
 dárosla cuando llegué.

BERN. ¿Será quizá su retrato?

JOSÉ. Justo.

BERN. ¿Y lo podemos ver?

JOSÉ. Ahora os lo voy á traer. (Váse.)

BERN. Así se pasará el rato.

Dicen que fué gran figura

- en talento, y lo tendría;
pero... ¡qué mal lo lucía!
(Vuelve José con una caja en la mano.)
- JOSÉ. Debe estar en miniatura.
- BERN. ¡Qué caja más historiada!
- JOSÉ. Como cosa de la China;
mira.
- BERN. (Lee.) «Para mi sobrina
» y mi querida cuñada.»
- MAN. No es eso lo más corriente,
y á juzgar por nuestro trato,
al mandarnos su retrato
nos hace un rico presente. (Con ironía.)
- BERN. Pero, ¡qué caja más rara!
¿No ves, mamá?
- MAN. Muy bonita.
- BERN. ¡Digo, hasta su llavecita!
- JOSÉ. ¡Pues ahora vereis qué cara!
(José abre la caja y observa el efecto que su vista
produce. En ella estarán la carta doblada, cerrada
la cajita con la sortija, y abiertos los dos estuches
que constltuyen el adorno. Bernarda disimula su
sorpresa al paso que Manuela se fija en los
objetos.)
- MAN. ¡Un adorno! ¡Ay, como el tuyo!
Exactamente, igualito.
- JOSÉ. ¿Qué te parece? (Á Bernarda.)
- BERN. Bonito. (Con indiferencia.)
- JOSÉ. ¿Pero es igual á éste el suyo?
- MAN. Este y aquél son iguales.
- JOSÉ. ¿Y este otro? (Le enseña la sortija.)
- MAN. ¡Caso raro!
La misma piedra, igual aro
é idénticas iniciales.
- JOSÉ. Si estos son del Panamá,
¿cómo han de ser?...
- MAN. ¿Quieres verlos?
- JOSÉ. ¡Quiá!
- MAN. Pero ¿hay más que traerlos?

- BERN. Son estos mismos, mamá.
- JOSÉ. ¡ Los tuyos! Vaya, pues quiero si son los mismos, saber cómo están en mi poder y no en el tuyo.
- BERN. A un platero esta mañana he vendido este adorno.
- JOSÉ. ¿Y qué te han dado?
- BERN. El valor que él ha pesado: cien duros he recibido.
- JOSÉ. ¿Dónde están?
- BERN. Los tiene madre.
- JOSÉ. ¿Con qué autoridad vendiste?
(Bernarda no responde.)
- MAN. Pero hija, ¿no me dijiste que los mandaba tu padre?
- BERN. Es verdad; pero temí que papá no los tuviera, y porque no se afligiera pedir no quise, y vendí.
- JOSÉ. ¿Y la sortija?
- BERN. En la Estrella Benito se la vendió al principal.
- JOSÉ. ¿Qué le dió?
- BERN. Mil quinientos dió por ella.
(Momento de silencio.)
- JOSÉ. Lee. (Le dá la carta.)
- BERN. (Lee.) «Señor don Severo Quintana. Muy » señor mio: Benito le dará á usted una » sortija, que con otras cosas que le irá en- » tregando, conservará en su poder con » el mayor sigilo. Es un secreto del cual no » me hablará hasta la devolucion, que será » exclusivamente á su afectísima amiga, dis- » cípula y S. S. Q. B. S. M.—Bernarda » Utrera y Pulio.»

- BERN. Esta carta no es mía.
 JOSÉ. ¿Pues de quién es?
 BERN. No lo sé.
 JOSÉ. Lo sabré á fé de José,
 en lo que queda de día.
 Retirarse al comedor
 el tiempo que necesito.
 (Vánse Bernarda y Manuela quedando la carta
 abierta y las alhajas visibles sobre la mesa. José
 toca la campanilla y sale Benito.)

ESCENA V.

JOSÉ Y BENITO.

- JOSÉ. Dáme aquel papel, Benito.
 (Al llegar Benito á la mesa y reconocer los objetos
 se sorprende.)
 JOSÉ. ¿Te dá miedo?
 BENITO. No señor.
 JOSÉ. Hoy tengo el positivismo
 que juegas con dos barajas:
 la historia de esas alhajas
 me refieres ahora mismo. (Benito no responde.)
 ¿Con silencio correspondes
 á esa grande confianza
 que en tí puse? ¿Tal mudanza
 pudo haber?... (Continúa en silencio.)
 ¿Qué, no respondes? (Sigue callando.)
 Pues yo te la contaré,
 ya que tú en callar te empeñas;
 y, pruebas te daré, y señas
 de que la sé, te daré.
 Ni esto en la Estrella has vendido,
 ni esto lo compró el platero.
 (Enseñándole respectivamente la sortija y el adorno.)

- BENITO. Sí, señor, traje el dinero.
- JOSÉ. ¿De quién?
- BENITO. Era...
- JOSÉ. ¿De quién?
- BENITO. Mío. (Entrecortado.)
- JOSÉ. ¡Ah! ya, con que vendedor de los bienes de mi casa; y lo que tú vendes, pasa á tí como comprador? Es decir, finges la venta para sacar mas partido: está todo comprendido. Al fin se aclaró esta cuenta. Vé si con razon sospecho, y al verte turbado, al ver...
- BENITO. No puedo más, va á saber si Benito anda derecho. Diez años cuento de estar, mes por mes á su servicio, sin más distraccion ni vicio, que el sencillo de fumar. Ésto, y mi sueldo decente, me fueron proporcionando, el ir poco á poco ahorrando un año diez y otro veinte. A doscientos treinta duros ya mi trapillo montaba, cuando á notar empezaba de su casa los apuros. Esta pequeña fortuna emplearla no queria, porque en mis cálculos via una ocasion oportuna. Al fin llegó la ocasion que esa caja representa, y sin dar á nadie cuenta fuí nave de salvacion. De mi capital saqué

de esas prendas la valia,
 pensé en depositaria
 y á don Severo busqué.
 Esto dió que trabajar
 á mi reflexion escasa,
 pues las faltas de la casa
 ni á este quise revelar.
 Y cuando ya discurri
 lo que al caso convenia,
 fingí esta carta, que es mia,
 y aquí está lo que escribí.
 Ahora, si usted quiere ver
 cuán sin razon me aquerella,
 véalo aquí, que solo á ella
 se pudieran devolver (Enseñándole la carta.)
 sus alhajas.

José.

¡Cosa extraña!

Si España entera esto viera, (Aparte.)
 no habria uno que creyera
 que Benito era de España.
 Tal belleza encierra esa
 historia que me has contado,
 que desde hoy á mi lado
 tienes cubierto á mi mesa.
 Que esos nobles sentimientos,
 sólo se pueden premiar:
 si se hubieran de pagar
 aún faltáran elementos.
 Hija, niña.

ESCENA VI.

JOSÉ, BENITO Y BERNARDA.

BERN.

Papaito.

José.

Aquí tienes al autor,

al criado, al protector
 al buen amigo, á Benito.
 Al que dió todo su ahorro
 de diez años de servir,
 sin otro fin que acudir
 de sus amos al socorro.
 Al que dar publicidad
 á su honradez no queria,
 siendo así que hasta exponia
 su honor y su dignidad.
 Al que pondrás á comer
 con cubierto junto á mi,
 que el sér que se porta así,
 servido debiera ser.

Ya ves si tengo razon
 para hacerle distinciones,

BENITO. ¡Fortuna, no me abandones! (Aparte.)

BERN. ¡Cuál me late el corazon! (Aparte.)

JOSÉ. Y ahora todo en su cajita
 por gratitud te regalo.

BENITO. Pero...

JOSÉ. No sé, tú allá, dálo. (Váse.)

BENITO. Pues... tome usted señorita.

BERN. ¿Entónces, qué has conseguido?

BENITO. Todo lo que deseaba.

BERN. Si mi padre te lo daba...

BENITO. Con su mandato he cumplido.

«Dálo» me dijo, y lo dí,

¿y á quién hacerlo mejor

que al ángel que tengo amor?

BERN. ¿Tú sientes amor á mí?

será en caso repentino,
 porque el amor no se oculta.

BENITO. Pero que lo dificulta
 la posición, el destino.
 Nunca el valor suficiente
 tuve, que se necesita;
 usted era mi señorita

y yo su triste sirviente.
 Figúrese qué martirio
 no habré pasado, ocultando
 un amor, que fué aumentando,
 hasta rayar en delirio.
 Mas hoy que su posicion
 tanto pudo descender,
 que no dá entrada á creer
 que mi afecto es ambicion.
 Hoy que orgulloso me siento
 al verme favorecido
 como estoy, hoy he querido
 descubrir mi pensamiento.
 Hacedme feliz. (Se arrodiilla.)

BERN.

Levanta;
 amor siento á tus virtudes,
 que es, Benito, no lo dudes,
 el amor que más encanta.
 Hace tiempo que observando
 vengo, tu pasion ardiente,
 y por cálculo prudente
 la mia disimulando.
 Dáte hoy por satisfecho
 con esta declaracion,
 que dar participacion
 quiero á mi padre.

BENITO.

¡Bien hecho!

Dios haga que bien le cuadre;
 en su cariño confio.

BERN.

Su parecer será el mio.
 Antes que todo mi padre. (Váse.)

ESCENA VII.

BENITO solo.

BENITO. ¡Cuánta y contraria impresion
he sufrido en solo un día!
¡Y cuán distinto latia
hace poco el corazon!
¿Será sueño, ó realidad?
Pero no, yo estoy despierto:
me quiere, lo dijo, es cierto,
cierta mi felicidad.
Que me dé por satisfecho...
Sí, soy feliz, soy dichoso:
salirse quiere gozoso
el corazon, de mi pecho.
Verdad que estoy en capilla;
mas mi fortuna preveo,
pues en su padre no veo
ni la contra más sencilla.
¡Cuánto mi ventura tarda!
Fortuna, te necesito:
sea de Bernarda Benito,
sea de Benito Bernarda.
Demos treguas al placer;
que hoy no tuviera perdon
faltar á mi obligacion,
y aún me queda por hacer. (Váse.)

ESCENA VIII.

MANUELA con su gran rosario.

¡Siniestro sobre siniestro!
 ¡Hija del alma! ¡Angelito!
 ¡Cederla para Benito!...
 ¡Vaya por Dios! Padre nuestro...

(Breve pausa, y en cada cuarteto hasta conclusión de
 escena. Rezo para sí con pase visible de cuentas.)

¡Casarla con un criado!
 ¡Si es haber perdido el seso!
 ¿Y cómo oponerme á eso?
 ¡Sea por Dios! Santificado...
 ¿Qué dirán? Ese es el yerno
 de la señora Manuela,
 la de la gran carretela.
 ¡Ay! Venga á nos el tu reino...
 ¡Y cómo lo defendía!...
 ¡La niña! no, no se asusta;
 se conoce que le gusta...
 El pan nuestro é cada día
 dánosle...

¡La sencillísima!

Si en oliendo á matrimonio
 se ponen... ¡que ni el demonio!
 ¡Ave María purísima!!!

(Se santigua tres veces y besa la cruz del rosario.)

Me voy á martirizar.

¡Jesus! ¡no sé lo que digo!
 ¡Cuál me ataca el enemigo
 cuando me pongo á rezar!

.....

Sepamos el resultado,
 aunque, según entendí,

por desgracia, para mi
es un asunto arreglado.

ESCENA IX.

MANUELA y BERNARDA que sale muy alegre al retirarse la primera.

BERN. Dígame, mamá, ¿qué opina
de mi nuevo pretendiente?

MAN. Opino muy malamente.

BERN. ¿Por qué?

MAN. Me dá mala espina;
á cualquiera otro prefiero.

BERN. ¡Vaya por Dios! Yo creía...

MAN. Pues creiste mal, hija mía;

¡no lo quiero! ¡no lo quiero!

De ningun modo pasar

puedo yo por ese lazo.

BERN. Él llevará á usted del brazo

cuando vaya á confesar.

MAN. ¡Famosa proposicion!

¡Esa sí fuera la negra!

Ir del brazo yerno y suegra

sería llamar la atencion.

Y yo lo que necesito

es ya vivir olvidada.

BERN. Usted será respetada

como lo fué, de Benito.

Es hombre ya conocido,

es humilde y es honrado,

y, segun pruebas ha dado,

será buen hijo y marido.

MAN. No lo negaré.

BERN. Sigamos. (Aparte.)

De él fué la proposicion,
sea de usted la direccion
de la casa ; con que... vamos. (Mimándola.)

MAN. Ya ves lo que yo querré:
lo mejor.

BERN. ¡Dios la bendiga!

MAN. En fin, no quiero que diga...

BERN. Con un cabo la amarré. (Aparte.)

MAN. Sí fué siempre inmejorable, (Aparte.)
siempre, desde mozalbete;
pero nada de bracete,
de eso dí que no me hable.

ESCENA X.

DICHOS. — JOSÉ Y BENITO que salen hablando.

JOSÉ. Te conozco desde niño...
Ya ves si podré ignorar
tu conducta, ni dudar
un punto de tu cariño:
con todo, es tan natural
nuestro interés por un hijo,
que no extrañarás, si exijo
cuentas á tu capital.
Quiero más; quiero saber
tus planes en adelante,
y ver si todo es bastante
para poder atender
á nuevas obligaciones.

BENITO. Es muy justo, no lo extraño;
hoy cuento, si no me engaño,
con unos treinta doblones.
Creo que me será posible
con esta suma, aunque escasa,

poner una tienda en casa,
de género comestible.
Y que con aplicacion
y prudente economía,
nos dejará para el dia,
que es toda nuestra ambicion.

JOSÉ. Mal está la cuenta esa;
¿con sólo treinta doblones,
cómo cubres atenciones
si no dan para tu mesa?

(Breve intervalo, y en cada uno de los siguientes cuartetos.)

Y si con tan pobre auspicio
á mi hija te cediera,
figúrate, se dijera...

que habia perdido el juicio.

Tú sabes cuánto la quiero,
y... la verdad, me parece,

que mi hija se merece
porvenir más lisonjero.

Ya sabes mi decision;
sobre este particular

no tienes que calcular;
exijo más posicion.

La amas, si, pero prefiero,
(y á mi cálculo me ciño)

más dinero que cariño,
más cariño que dinero.

Comprendo que esto te aflija,
á mí tambien me es sensible
pero.

Aún hay medio posible
de que cases con mi hija.

Estoy en deuda contigo,
y de pagar llegó el dia;

como este caso previa,
traigo ese medio conmigo.

¿A ver si tú lo adivinas? (Pausa.)

- ¿Ni tú que tanto prometes? (A Bernarda.)
Toma, ahí van en billetes
diez mil libras esterlinas.
- BERN. ¿Yo para qué necesito?...
JOSÉ. No es mi presente tan malo;
mas si no lo quieres... dálo.
- BERN. Pues... Tómalo tú, Benito.
BENITO. Si el regalo no es á mí.
BERN. Tal vez, indirectamente;
en todo soy obediente,
« dálo » me dijo, y lo di.
¿ Y á quién con él regalar?
¿ á quién dárselo mejor,
que al hombre que tengo amor,
porque lo sabe inspirar?
- JOSÉ. No há mucho te referí,
si mal no está mi memoria,
lo más triste de la historia
del hermano que perdí.
- BERN. Lo recuerdo; y ya noté
que me ocultó una gran parte.
- JOSÉ. Pues ahora voy á contarte
la parte que te oculté.
Cuando mi hermano testó
me dejó único heredero;
y su fortuna en dinero,
pasó á mí, cuando faltó.
Al tener que atravesar
por medio de las facciones,
temí las exposiciones,
y quise facilitar.
Así fué; el dinero aquí
cambié á papel extranjero,
que allí el papel es dinero,
aquí el papel es... papel.
De este modo, y escondido,
pude trasladar aquí
el caudal que recibí,

que fué bastante crecido.
 Llegó, y... ¿para qué cansarte?
 todos vosotros sabeis...
 así es que no extrañareis
 mi reserva en esta parte;
 y á trueque de padecer
 viendo á tu madre sufrir,
 y de verte á tí sentir,
 y sacrificios hacer
 á Benito, yo ocultaba
 mi fortuna, pues creia,
 que á guardar aprenderia
 así, quien ciega tiraba.
 Quise haceros conocer
 esa grande indiferencia
 de amigos, que en la opulencia
 se os llegaban á ofrecer.
 Ver si alguno pretendia
 tu mano, como esperaba,
 que no ambicion le animaba
 y sí amor que á tí sentia.
 Por estas y otras razones
 que no son de la ocasion,
 como es la contribucion,
 las fianzas, los ladrones,
 etcétera, no he querido
 dar á luz mi capital;
 por que, Benito, es un mal,
 del cual ya estás prevenido.
 Esa suma ó cantidad,
 en cierto modo decente,
 destierra el inconveniente
 para tu felicidad.

(Durante la anterior relacion, Manuela se ha ido
 fijando en ella y distrayéndose paulatinamente
 de su rezo hasta caersele el rosario sin notarlo;
 concluida aquella, lo recoge del suelo, lo besa y se
 lo guarda en el bolsillo.)

- BENITO. ¿Cuándo podré y de qué modo pagaros?...
- JOSÉ. ¿Cómo pagar, si lo que has hecho es cobrar, y aún no lo has cobrado todo?
- BERN. ¡Permitidme que os abrace!
- JOSÉ. Ya ves si te lo permito.
(La recibe en el brazo derecho.)
Y tú, ven también, Benito.
(Lo recibe en el izquierdo.)
¡Bendiga el cielo este enlace!
- BENITO. ¡Soy el hombre más dichoso que hay en todo lo criado!
- JOSÉ. Dios protege al que es honrado, y te premia generoso.
(Desecha la figura, José se dirige á Manuela.)
¿Y no te se ocurre nada del asunto que se trata?
¿No puede estar la beata mas que rezando ó callada?
- MAN. Y fijar, como fijé en tu historia la atencion, sirviéndome de leccion que jamás olvidaré.
- JOSÉ. Son varias ya las lecciones; ya sabes que cada oveja debe andar con su pareja: lo demás son irrisiones. Que el lujo y la vanidad siempre en el orgullo abdican, y todos tres perjudican á nuestra tranquilidad. Y también tendrás presente lo que de disgustos cuesta, á todo el que no se presta á ser, cual debe, obediente.
(José se dirige á Bernarda y Benito á Manuela, con quien habla bajo.)

Oye, Bernarda, un momento:
 vas á entrar en nuevo estado,
 que reclama otro cuidado
 y un poco más sufrimiento.
 Sé fiel siempre á tu marido,
 cuida darle gusto en todo,
 y no olvides que es el modo
 de sacar mejor partido.
 Quiérello más que á tu madre,
 derechos para ello tiene;
 míralo, si á mano viene,
 con preferencia á tu padre. (Se afecta.)

A toda costa procura
 conservar la paz en casa,
 que ésta, de la que se casa
 es la principal ventura.
 Sé con él siempre obediente,
 siempre amable y cariñosa;
 en tu obligacion, celosa;
 con la amistad, consecuente.
 Gasta siempre economía,
 aunque el dinero te sobre;
 nunca le digas nó al pobre
 que á pedir llegue, hija mia.

Al triste presta consuelo
 y mitiga su afliccion,
 (Repentinamente se ilumina el escenario con luces
 de Bengala.)

y allá va mi bendicion,
 que es la bendicion del cielo.
 (Bernarda se arrodilla delante, y Benito y Manuela á
 los costados.)

FIN.



Oye, Terenciya, en momento:
 ve a entrar en aquel estado,
 que reclama otro cuidado
 y un poco más sustancial.
 Se tal siempre a tu marido,
 en la vida de los dos todo,
 y no sé cómo que es el modo
 de sacar los dos partidos.
 Qué otra más que a tu marido,
 después para ella tiene;
 marido, si a mano viene,
 con voluntad a tu padre, (se abate.)
 A los dos esta procura
 comienza la paz en casa,
 que ésta, de la que se casa
 es la principal ventura.
 Se con el siempre obediente,
 siempre amable y cariñoso,
 en tu obligación, celoso,
 con la modestia, condescendiente.
 Gana siempre economía,
 aunque el dinero te sobre;
 nunca le digas no al padre,
 que a pedir llegue, hija mía.
 Si triste presta consuelo,
 y mil en su aflicción,
 (aprovechando se llama el secreto con todos
 de la familia.)
 y allí se en bendición,
 que es la bendición del cielo.
 (Haciendo se levanta de la silla y se va a
 los costados.)

